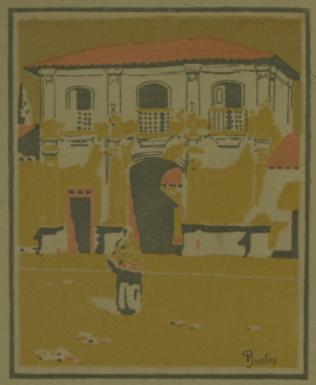
REVISTA



DE

ARTES Y LETRAS

Año II.-N.º 2.

1,º de Marzo de 1918.

Casa Colonial, Avenida de la Recoleta, Santiago
Gouache del Sr. Alfredo Bustos

Ediciones de ARTES Y LETRAS

DIARIO INTIMO

16-VII-16.

Hay algunos que están aburridos de su mujer; no la pueden mirar; la contradicen por el placer de contradecirla, y ordenan a los sirvientes que no le obedezcan. Debe ser terrible, pero hay algo peor, porque de la mujer se puede huir; se puede uno ir a Buenos Aires o a Europa. En cambio, cuando uno está aburrido, hastiado, desesperado de sí mismo, cuando se ha estudiado la propia personalidad, y se ha llegado a conocerla como su dormitorio o su oficina, en sus menores detalles, en sus pequeños defectos, en sus miserables cualidades, cuando se ha llegado a prever los gestos que hará delante de tal cosa y las entonaciones de voz que tomará para hablar con cual persona, entonces, ya no hay remedio. El filósofo antiguo que aconsejó el nosce te ipsum como principio de sabiduría dijo la más funesta máxima de conducta y abrió una fuente de hastío que no cesa de manar nunca.

Creen algunos que no es posible conocerse a sí mismo. Error. El que se lo propone, lo consigue al fin, y le parece que ha tocado unas tras otras las cuatro murallas de una prisión, de la cual no podrá salir jamás, por más esfuerzos que haga, por más viajes que emprenda, por más libros extraños y deliciosos que lea. ¡Y qué confusión en medio de esa estrechez! Yo me observo, y me causa extrañeza observarme, y observar que me

114 ALONE

puedo observar es otro motivo de asombro. ¿Quién, cuántos soy? Es como colocarse entre dos espejos: la imagen se repite al infinito, en un callejón igual, prolongado hasta lo invisible, hasta donde la vista no alcanza. Siempre la misma cara, poco a poco más borrosa, a medida que se aleja.

Salgo a la calle, triste, desesperado; y sé que a poco andar, esta tristeza, que al fin es un noble estado de ánimo, se me irá como una esencia que se difunde, y me quedará una satisfacción vulgar, un bienestar estúpido, sin un pensamiento, igual al cochero del punto. Cojo un libro y preveo que dentro de una hora mi capacidad imaginativa se habrá fatigado y no sentiré sus bellezas ni me cautivará su interés. ¿Qué hacer? Los árboles desnudos, la nieve en la cordillera, el cielo diáfano, con albas nubes contra el fondo azul...; hace muchos inviernos que veo lo mismo y sé que al término viene la primavera con sus brotes tiernos, sus pájaros al reclamo del nido, el aire tibio y la gente vestida de Dieciocho dirigiéndose a las carreras. La frase de Shakespeare: «La vida es tediosa como un cuento oído dos veces». Luego el verano con sus proyectos que no se realizan, o que se realizan y dejan la sensación de lo fracasado, de la cosa real, distinta a lo que soñábamos.

Ah! Cuando uno se conoce, descubre las más desoladoras verdades de la vida espiritual; se ve a sí mismo como un ciego atado a un carro que arrastra sin saber porqué, hacia no sabe dónde. ¿Por qué andar? Un espejismo, otro espejismo, otro espejismo. Así vamos engañados, sabiendo que estamos engañados, y sin embargo no nos detenemos. ¡Qué locura! Vemos a nuestro lado a los viejos, a nuestros padres que se acercaron rápidamente al sepulcro y murieron; a nuestros hermanos mayores que engruesan y se van cubriendo de arrugas antes que nosotros. ¡Y no aprendemos! Hace diez años, yo tenía quince; era un muchacho estúpido, que no sabía nada. He vivido diez años desde entonces; todo lo que soñaba lo he realizado; más aún, si me hubieran dicho: «vas a hacer esto y lo otro, con tal y cual resultado», habría respondido:

—Nó, es demasiado, sería una dicha excesiva... Y lo hecho, lo tengo ¿y? Aprieto la mano, interrogo a mi corazón: nada, na-

da. El mismo vacío y otros proyectos, otras esperanzas. Supongames que las realice, que se cumpla cuanto deseo; supongamos que eso me satisfaga el corazón y diga:

Soi feliz. No por eso dejaré de envejecer, de debilitarme, de enfermai y morir por fin, tanto más angustiosamente cuanto más apego le engo a la vida. ¿Y después? Los católicos dicen que hay un cielo, ui purgatorio y un infierno, y que en el cielo se goza y se encuentra alos seres queridos. Bien; pero ¿queremos allá como aquí, amamos, conservamos nuestros ojos, nuestras manos, nuestros defectos? A la memoria, qué se hace la memoria, esa memoria del corazón que se agarra tan desesperadamente a los restos del pasado y vive de ellos? Supongamos que ese único ser que generalmente nos interes en el mundo no se encuentre allí, sino en el infierno, por toda la eternidal ¿lo querremos y sufriremos por su separación? Nó, puesto que no podemos sufrir. Entonces no seremos los mismos, porque nosotros no somos sino nuestros afectos, nuestros amores, nuestras pasiones. Y si no somos los mismos allá, entonces es que morimos de veras aquí. Sí, esa es la verdad: morimos todos y no hay otra vida. Lo que tenemos es este pedazo de tierra, este sol, este día breve y la noche poblada de astros y de rumores lejanos. Nada más. Pero soñamos con la inmortalidad, padecemos a la idea de este fin. ¿Por qué tenemos esta facultad de padecer, por qué, para qué? Yo no he pedido vivir; me han hecho, otros me han creado; y así como he venido sin mi consentimiento, he caminado sin mi voluntad, empujado; empujado por las manos del hambre, del honor, del respeto, del cariño de la obediencia. He ido, como todos, mezclado a la caravana. Pero no quiero andar más. No quiero ser responsable. Dios creó a Adán y Eva felices y justos; pero les puso una trampita para probarlos.

¡El Curioso Impertinente! Cayeron y un abismo de dolores se abrió bajo sus pies. Fábula estúpida, cruel e infantil. ¿Para qué Dios creó a esos seres? Y si los creó y cayeron, ¿por qué no les quitó la facultad de reproducirse? Y es omnipotente, justísimo, misericordiosísimo; debemos rezarle todos los días, llenarlo de alabanzas, amarlo con todas nuestras fuerzas. Nos crea

para azotarnos, nos engaña a cada paso que damos, nos inferma, nos arrebata a los seres queridos, nos deja solos, miertos de sed y con el agua a dos dedos de nuestros labios, sin permitirnos alcanzarla jamás. Pues elevémosle templos, gasemos las pocas fuerzas que nos deja en honrarlo, en ofrecerie oro e incienso, en postrarnos de rodillas donde ni siquera está. ¡Qué estúpido y qué salvaje es todo eso! Y hay quienes renuncian a las pocas alegrías del mundo para anarlo mejor, para servirlo mejor; y se sacrifican y se matar por El... que ni siquiera existe, o que si existe, es el major criminal posible, el único criminal, puesto que ha crea o y permite que vivan los criminales.

Ah! dicen los clérios, Dios es tan misericordioso, que ha permitido la conversión de este bandido. ¿Si? ¿Y no ha permitido tambien que sea bandido? ¿No lo ha de jado asesinar, robar, violar? ¿Y a cuantos otros no les permite convertirse, sino que los deja robando y les da palacios, fábricas, los hace senadores de la República y aún amigos del Presidente? Dios es tan sabio: no deja que el pecador se pierda... ¿Nó? ¿Y los suicidas? ¿Y los que mueren en duelo? No se sabe el destino que tendrán; los designios de Dios son inescrutables. Pues entonces, si son inescrutables, si cuando os véis estrechados por las preguntas, os refugiáis en ese cuarto obscuro del misterio, no vengáis a pretender que escuchemos vuestras tontas explicaciones.

Así no habría absurdo que no se pudiera justificar. El Dios Moloch, devorador de niños, puede encerrarse detrás de la misma valla, dar la misma respuesta: sus designios inescrutables. Y el ladrón, el asesino, el parricida... Nó, esa no es una explicación. Confesad que la sarcástica frase de Stendhal encierra una gran verdad: «Lo único que excusa a Dios es que no existe».

ALONE.